

A propósito de... LA IGLESIA EN LA CUARESMA

El Concilio Vaticano II pidió que en el tiempo cuaresmal se potenciaran los elementos que muestran el doble carácter de este tiempo: bautismal y penitencial. Siguiendo la tradición más antigua de la Iglesia, los llamados a la fe, intensifican su preparación durante los cuarenta días previos a su iniciación, que tendrá lugar en la Vigilia Pascual. El itinerario cuaresmal, por lo tanto, posibilita a los catecúmenos una mayor profundidad en su acercamiento a la vida de la comunidad cristiana así como una más intensa formación espiritual y doctrinal, en orden a purificar sus corazones y sus mentes con el conocimiento más profundo de Cristo.

Por su parte, la comunidad de los creyentes no sólo «visualiza» los ritos que tienen lugar sobre los catecúmenos (escrutinios y entregas) sino que, sobre todo, intensifica su oración por ellos, los acompaña con el amor de una madre que espera el nacimiento de un nuevo hijo y les muestra el testimonio de la vida consagrada a Dios que da comienzo en el bautismo.

Al mismo tiempo que los catecúmenos son examinados para verificar el grado de su conversión, los ya bautizados examinan su conciencia y se acercan al sacramento de la penitencia de forma más asidua y más fructuosa, tal y como recomienda la Iglesia en este tiempo.

Precisamente éste es el segundo carácter de la Cuaresma. Los que ya han sido iluminados, deben recordar y revivir su «vocación de pueblo de la alianza»; de esta forma, se hace posible que aquel bautismo que ocurrió una vez en la vida, siga siendo operante en el momento actual. La penitencia cuaresmal no es una ascesis desencarnada, sino el medio para seguir mejor a Cristo y vivir más fielmente el Evangelio. En este sentido, es bien significativo que el miércoles de ceniza se entreguen a los cristianos las armas de la penitencia: la oración, el ayuno y la limosna. Esta tríada clásica favorece la liberación de las necesidades de la tierra para descubrir la necesidad de la vida divina y la generosidad con los necesitados como expresión de la caridad cristiana y de la generosidad divina.

(Luis García Gutiérrez,
Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia)

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jjgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MENNI

La Buena Noticia de la semana

14 DE MARZO 2021

IV. DOMINGO DE CUARESMA

Año XIII. nº: 707



Palabra de Dios:

2Cronicas 36,14-16.19-23.

La ira y la misericordia del Señor se manifiestan en la deportación y en la liberación del pueblo.

Salmo 136.

Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.

Efesios 2,4-10.

Estando muertos por los pecados, nos has hecho vivir con Cristo.

Juan 3,14-21.

Dios mandó su Hijo al mundo para que el mundo se salve por él.

Comentario al Evangelio: ALGO MÁS QUE SOBREVIVIR

Son muchos los observadores que, durante estos últimos años, vienen detectando en nuestra sociedad contemporánea graves signos indicadores de «una pérdida de amor a la vida».

Se ha habla, por ejemplo, del «síndrome de la indiferencia» como uno de los rasgos patológicos más característicos de nuestra sociedad industrial. Son muchas las personas que no se relacionan activamente con el mundo, sino que viven sometidas pasivamente a los ídolos o exigencias del momento.

Individuos dispuestos a ser alimentados, pero sin capacidad alguna de creatividad personal propia. Hombres y mujeres cuyo único recurso es el conformismo. Seres que funcionan por inercia, movidos por «los tirones» de la sociedad que los empuja en una dirección o en otra.

Otro síntoma grave es el aburrimiento creciente en las sociedades modernas. La industria de la diversión y el ocio (TV, cine, sala de fiestas, conferencias, viajes, redes sociales...) consigue que el aburrimiento sea menos consciente, pero no logra suprimirlo.

En muchos individuos sigue creciendo la indiferencia por la vida, el sentimiento de infelicidad, el mal sabor de lo artificial, la incapacidad de entablar contactos vivos y amistosos.

Otro signo es «el endurecimiento del corazón». Personas cuyo recurso es aislarse, no necesitar de nadie, vivir «congelados afectivamente», desentenderse de todos y defender así su pequeña felicidad cada vez más intocable y cada vez más triste.

Y, sin embargo, estamos hechos para vivir y vivir intensamente. Y en esta misma sociedad se puede observar la reacción de muchos hombres y mujeres que buscan en el contacto personal íntimo o en el encuentro con la naturaleza o en el descubrimiento de nuevas experiencias, una salida para «sobrevivir».

Pero todos necesitamos algo más que «sobrevivir». Es triste que los creyentes de hoy no seamos capaces de descubrir y experimentar nuestra fe como fuente de vida auténtica.

No estamos convencidos de que creer en Jesucristo es «tener vida eterna», es decir, comenzar a vivir ya desde ahora algo nuevo y definitivo que no está sujeto a la decadencia y a la muerte.

Hemos olvidado a ese Dios cercano a cada persona concreta, que anima y sostiene nuestra vida y que nos llama y nos urge desde ahora a una vida más plena y más libre.

Y, sin embargo, ser creyente es sentirse llamado a vivir con mayor plenitud, descubriendo desde nuestra adhesión a Cristo, nuevas posibilidades, nuevas fuerzas y nuevo horizonte a nuestro vivir diario.

¿Por qué huyo tanto de mí mismo, de mí misma?, ¿por qué huyo tanto de Dios?, ¿por qué prefiero vivir engañado sin buscar con más fuerza la luz?

José Antonio Pagola

Pensamiento Hospitalario:



"Rogad al Señor para que sostenga sereno mi ánimo; me dé luz, serenidad, acierto y gracia para conducir las cosas a buen término".

San Benito Menni. (c 507)

Espiritualidad y Oración:

AL CRISTO DOLIENTE

Al Cristo Crucificado

No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido, muéveme ver tu cuerpo tan herido, muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, que aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera, pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera.

